

Por la calle de Tacuba

Carlos Flores Marini

En 1960, la pretendida apertura de la calle de Tacuba ocupó las páginas de todos los diarios capitalinos. Polémicas opiniones fueron vertidas por técnicos, intelectuales y pueblo en general. Por primera vez la ciudadanía se manifestó abiertamente en un aspecto que afectaba al patrimonio histórico y cultural del país.

La crónica testimonial que presentamos constituyó, a no dudarlo, uno de los episodios más importantes para la final decisión de las autoridades de la ciudad.

El hecho relatado sucedió y los personajes existieron, el haber quedado como único testigo me impulsa a relatarlo. Diálogos y comentarios son armónicos con lo acontecido si bien no corresponden literalmente a lo expresado. A veintinueve años del hecho he recurrido sólo a mi memoria y a la consulta de periódicos y revistas de la época, así como a referencias y datos de diversos autores para encuadrar y destacar la trascendencia histórica de la calle más antigua de América.

En qué medida influyó esta visita en la decisión final, no lo sabremos, pero la defensa que se hizo para impedir la apertura de la calle de Tacuba quedó consignada en un sinnúmero de publicaciones.

Este es un pequeño testimonio de agradecimiento a todos aquellos que con su apasionada defensa hicieron declarar a un alto funcionario "¡así se difunde el patrimonio de la ciudad!".

El hecho motivó una reacción de valoración hacia las edificaciones amenazadas; una relación de los comerciantes de la calle, y de las obras emprendidas para mejorar su aspecto fue publicada en septiembre de 1960.

Casi un centenar de rótulos fueron retirados y algunas obras de restauración se emprendieron en varios inmuebles. Todo presagiaba que estas obras reivindicatorias del patrimonio monumental de la ciudad continuarían; sin embargo, a pesar de la Declaratoria de Patrimonio de la Humanidad del Centro Histórico de la Ciudad de México, las acciones concretas han sido mínimas.

Baste recorrer nuevamente, en 1989, la calle de Tacuba maltrecha, abandonada y decadente. Somos una sociedad que insiste en no tener memoria.



Eran las 11:15 de la noche. Frente a la entrada principal del Correo, con andar pausado, el doctor Eusebio Dávalos Hurtado, a la sazón director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia, daba largas fumadas al cigarro en esa forma tan particular que tenía de hacerlo, tomándolo entre el índice y el pulgar; junto a él, nervioso como siempre, el licenciado Jorge Gurría Lacroix, secretario del mismo Instituto, se paseaba de un lado a otro procurando cubrirse, bajo la pesada marquesina, de un ligero chipichipi que empezaba a caer. Gurría Lacroix dejaba translucir aún más su energía al hacer el mismo ir y venir con la mitad de los pasos requeridos, dando grandes zancadas.

La ocasión no era para menos, la delicada situación para el INAH planteada por el proyecto de la ampliación de la calle de Tacuba, tendría esa noche una posible decisión final, la apertura o no, de esa calle de tanta historia y tradición para la ciudad.

Cuando llegamos al sitio de reunión con el doctor Francisco de la Maza, no sabíamos quiénes más asistirían a tan inusual cita. El doctor Dávalos nos enteró que de la Secretaría de la Presidencia le habían informado que el señor presidente de la República llegaría a las 11:30 y que también estaban convocados el licenciado Miguel Alemán y don Carlos Trouyet, prominente hombre de empresa.

Poco antes de la hora fijada ambos personajes llegaron juntos; después de saludar a los funcionarios del INAH, el doctor Dávalos nos presentó, señalando el porqué de nuestra presencia; al doctor De la Maza lo había invitado don Jaime Torres Bodet, para hacerse cargo de la jefatura de Monumentos Coloniales, invitándome como colaborador; aunque De la Maza aún no aceptaba, el Secretario de Educación le había pedido que asistiera dada su amistad con el presidente, que se remontaba a las lejanas épocas de la Facultad de Leyes.

Dieron las 11:30, hora fijada para el arribo del licenciado Adolfo López Mateos y éste no aparecía. Contagiándonos Gurría Lacroix su nerviosismo,

del que sólo se sustraía obviamente el licenciado Alemán, quien con el doctor Dávalos reflexionaba sobre la indefinida postura arquitectónica de Adamo Boari, que lo mismo proyectaba un enorme edificio con aire imperial como el Palacio de Bellas Artes, que se inspiraba en el gótico veneciano para dibujar el Edificio de Correos, construido por el ingeniero Gonzalo Garita entre 1902 y 1906.

El licenciado Alemán se preguntaba si la solución de esquina cortada adoptada por el arquitecto italiano, no se debería al hecho de que las personas al salir no vieran de frente la gran mole marmórea después de haber observado los detalles pétreos del Palacio Postal, como también se le conoció, a lo que Trouyet simplemente contestó “¡no lo sé, pero a mí no me gusta!”. Empezaban Gurría y De la Maza a terciar en la charla, cuando la llegada de un miembro del Estado Mayor Presidencial nos anunció el arribo del señor presidente. Minutos después y sólo acompañado por don Jaime Torres Bodet, llegó el licenciado López Mateos; con gran deferencia saludó al licenciado Alemán y a Paco, como llamó al doctor De la Maza, lo mismo que a Carlos Trouyet, a quien antepuso el “don” a su nombre de pila. Luego nos acercamos a saludarlo, haciéndolo primero el director del Instituto, a quien sin duda conocía el presidente, después lo hizo el licenciado Gurría, que a esas alturas había acabado con la cutícula de sus uñas; por último, fuimos presentados al jefe del ejecutivo por el doctor Dávalos, quien le señaló el cambio en la jefatura de Monumentos Coloniales. El licenciado López Mateos volteó inmediatamente hacia De la Maza, preguntándole si ya había tomado posesión de la jefatura, a lo que don Francisco contestó que aún no. Después de un breve intercambio de frases protocolarias, tan comunes en el mexicano, el señor presidente se dirigió en forma general al heterogéneo grupo para señalar el interés de la presidencia, y de él en particular, por solucionar de una vez por todas el asunto de la proyectada ampliación de la calle de Tacuba. Empezamos a caminar.



FOTOGRAFÍAS: N. ESTHER VALCHEV

La idea de recorrer Tacuba había sido expresada directamente al licenciado López Mateos por el doctor De la Maza, instándolo a ir con él a un paseo, donde le iría explicando las razones expresadas por diversos grupos culturales y destacados intelectuales, con objeto de no alargar más la incertidumbre sobre las proyectadas obras que se venían gestando desde el año de 1951, pero que a partir de enero de 1960 habían empezado ya a tomar cuerpo, alentadas quizá por la

apertura de la calle de Pino Suárez que había sido realizada hacía unos cuantos meses.

Era lógica la ausencia del arquitecto José Gorbea Trueba, jefe del Departamento de Monumentos Coloniales, quien con su férrea oposición al proyecto hacía que su puesto se tambaleara, pero era extraño que no hubiese un arquitecto más, lo que quizá se debía a que a excepción de los arquitectos O’Gorman, Cacho y González de León, todos los demás de algún re-

nombre estaban a favor de la ampliación. La ausencia del arquitecto Víctor Manuel Villegas también era comprensible, pues éste, junto con don Antonio Castro Leal, encabezaba la oposición al proyecto.

Justo frente al Correo el doctor De la Maza comenzó su explicación, señalando la existencia de una antigua casa colonial, primitiva residencia de uno de los conquistadores, ya con jambas corridas y recubrimiento de tezontle, típicas soluciones del siglo XVIII; junto a ella, un magnífico ejemplo de la arquitectura de finales del siglo XIX, que terminada a principios de este siglo es llamada "La Casa de la Silla Vaquera", debido a la semejanza de sus finos labrados con los repujados de la silla de montar; en su interior, esta mansión conserva un patio de la época virreinal. Junto a esta casa, el llamado Edificio Garantías, ecléctico ejemplo del siglo XIX, que abre su amplio frente hacia el espacio que creara Silvio Contri con objeto de darle prestancia al edificio de Comunicaciones y que logra, asimismo, una mayor perspectiva para la antigua Escuela de Minería, obra maestra del artista valenciano Manuel Tolsá y que posteriormente fuera sede de la Escuela de Ingeniería de la UNAM.

Cerrando el espacio de la plaza, dos buenos ejemplos de la arquitectura de finales del siglo XIX.

El doctor De la Maza hacía notar al presidente que la deformación visual de los inmuebles se debía más a lo caótico de sus rótulos y carteles que a las alteraciones arquitectónicas. Sin separarse de su habitual cigarrillo, el doctor Dávalos Hurtado reafirmaba lo

dicho por don Francisco, y en animado diálogo con el licenciado Gurría y don Carlos Trouyet apuntaba hacia toldos y letreros; "¡cómo afean la calle!" afirmaba el licenciado Alemán y señalaba un gran anuncio de cerveza que deformaba, aún más, la perspectiva de la calle.

Llegamos al centro del Palacio de Comunicaciones; ahí el doctor De la Maza hizo una breve reseña de la Antigua Escuela de Minas y escuchamos su sugerencia para cerrar los recesos vehiculares existentes frente al edificio de Contri, para crear una plaza en ese lugar que se complementaría restituyendo a una sola función la Antigua Escuela de Minas. El doctor apuntaba también la necesidad de liberar el paramento lateral de la antigua Iglesia de Bethlemitas, convertida en recinto de los ex alumnos del Colegio Militar y que a la sazón se encontraba cerrado. En este tramo y en el paramento que sería afectado, en el número 12, don Francisco señaló la casa de la familia Romero Rubio, clásica construcción porfiriana, en la que el dictador conociera a su futura esposa, Carmelita, y que fuera el único amor de don Porfirio; la malicia en el comentario sólo fue rubricada por ligeros esbozos de sonrisa de nuestro mandatario y del licenciado Alemán.

El doctor Dávalos Hurtado insistió en señalar la dignidad de la construcción deformada por los anuncios comerciales, sobre todo en la planta baja, donde estaban una tienda de artículos eléctricos y "La Principal", famosa sastrería de trajes civiles y militares, como pomposamente se anunciaba. Haciendo esquina con la calle de Bolívar, De la Maza apuntaba cómo la degradación de nuestros monumentos los había llevado a extremos de decadencia, en la que figu-

raba, en primer plano, la antigua Capilla de la Concepción, anexa al Templo de Santa Clara y que en las furias anticlericales había sido entregada a particulares, quienes no le encontraron mejor función que usarla como cantina. Perplejo, don Jaime solicitó al doctor Dávalos la información necesaria para ver la posibilidad de expropiar el predio.

El doctor De la Maza nos hacía ver cómo una ciudad tiene, junto a su imagen pétrea, elementos de tradición que le dan vida y significación; uno de estos casos era el Café Tacuba, de gran tradición en la vida gastronómica de la ciudad, que desde 1912 es centro de reunión de la noctámbula bohemia metropolitana. Don Carlos Trouyet apuntaba la parsimonia en el servicio, que era parte del encanto de las meseras, algunas con varias décadas de servicio en el lugar, lo que permitía combinar el servicio con el diálogo obligado hacia parroquianos habituales. El mismo De la Maza ratificaba el hecho al comentar que, durante un tiempo, cuando decidió vivir en el Centro, acudía casi todas las noches al Café Tacuba.

Uno de los aspectos que a De la Maza más le interesaba mostrar al licenciado López Mateos, era recordarle sus etapas estudiantiles y la convivencia con una zona que formó parte de su vida escolar; al evocar esos tiempos, el presidente comentaba cómo relaciona uno algún edificio o zona con hechos sobresalientes de su vida de estudiante. El café, la librería, el puesto de tacos, el cine y desde luego los aprietos económicos y las contiendas electorales. Una de las cosas que hizo notar fue cómo el cambio de la vida estudiantil a la Ciudad Universitaria había afectado a varios giros comerciales, pero, afirmaba, sobre todo a las librerías, los cafés y los billares. Yo pienso, decía, que ahora los estudiantes de provincia tienen que gastar más en transporte, a lo que el licenciado Alemán opinaba que en breve se deberían hacer multifami-

liares anexos a la CU para los estudiantes.

El licenciado Gurría Lacroix, historiador acucioso y explorador urbano, siempre en busca de algún viejo libro, comentaba cómo la bibliografía de la calle de Tacuba se remontaba a los famosos *Diálogos* de Cervantes de Salazar en 1554; los tres dialogantes intercambiaban interesantes comentarios relativos a la calle, recordando a Alfaro cuando señala "Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle". Y decía que hoy esa debe ser nuestra meta, que el desánimo y la soberbia los sustituyamos por el nuevo placer de volver a gozar esta calle de tanta tradición e historia. Continuando el diálogo, De la Maza apuntaba "...hoy los enemigos que Zuazo menciona, y que obligaron a erigir las casas como fortalezas, se han vuelto nuestros aliados, ya que la ruina que muchos argumentan no es más que deterioro, falta de cuidado y no falla estructural. Ya que recuerden que Zuazo hace mención a su masiva fortaleza debido a los frecuentes sismos...", y concluía: "...por ello es más absurda aún la propuesta de algunos (de tus maestros) arquitectos de poner alineadas todas las fachadas detrás de la Catedral, como un gran telón escenográfico". Y continuaba; "...hoy la belleza de muchas de estas casas se encuentra oculta tras letreros o deformaciones sin sentido, pero ¡ahí están!; si las demolemos, las perdere-



mos para siempre". Toda esta larga disquisición era escuchada en silencio por don Adolfo, que sólo por momentos se apartaba del grupo para comentar algo con el Secretario de Educación, reintegrándose rápidamente al grupo.

El doctor Dávalos Hurtado, que había prendido nuevamente un cigarrillo, nos hacía notar la pequeña hornacina con la Anunciación que coronaba el número 34 de la calle y donde curiosamente podíamos apreciar cómo siendo un edificio típico del siglo XVIII, la mitad se había modificado el siglo pasado; también curiosamente, esa parte donde se concentraba el mayor número de letreros, todos de cirujanos dentistas, recordaba que así como en el pasado la calle fue favorita de los herreros ahora parecería serlo de los dentistas.

Al llegar al número 42 de la calle,

el licenciado Gurría inmediatamente se apresuró a comunicar al señor presidente que, según la tradición, en ese lugar había residido otro de los conquistadores, y que en el número 48 don Francisco González Bocanegra había tenido el venturoso encierro que lo hizo crear la letra de nuestro himno nacional. Observó una vez más que este edificio de estilo ecléctico luciría muy digno si se le retiraran los anuncios que lo afeaban, señalando el nombre de uno de ellos, "La Neoyorkina".

Más adelante, el doctor De la Maza insistía en el atiborramiento de letreros; al contar los del número 50 exclamó: "¡sólo aquí doce rótulos a los más de feos!". "Miren —señalaba—, esta calle es precursora de todos los estilos; este edificio llamado San Jorge, tiene resabios del Art Decó, estilo que aún no valoramos pero que marcó una época como precursor de la arquitectura moderna". Reafirmando su aseveración, el señor Trouyet apuntaba cómo en los Estados Unidos, sobre todo en Nueva York, están los mejores ejemplos, y recordando el letrero de la tienda a la que había hecho alusión, don Francisco decía "...aquí lo neoyorkino sólo llegó a esta triste tienda". "Qué diferencia a esta de enfrente —comentaba el licenciado Alemán, dirigiéndose al señor presidente— ejemplo que con toda dignidad podría estar en alguna ciudad europea, luciendo su gran balcón central con escudo y todo".

Así, entre grandes obras de arquitectura y ejemplos dignos, pero desfigurados por los anuncios, llegamos con el grupo a la esquina con Isabel la Católica, donde en armónico contrapunto se levanta uno de los ejemplos barrocos más característicos de la ciudad y que ostenta en su ángulo superior un reminiscente torreón, ya de gran aire barroco, en el centro del cual se encuentra una hornacina con la Virgen y el Niño sobre un nopal. "¡Qué mexicana versión de la Virgen!", comentó el doctor Dávalos dando pie a que el doctor De la Maza iniciara un sabroso relato de la historia de la imagen, diciendo: "La tradición señala que esta imagen pertenecía a

uno de los conquistadores de nombre Juan Rodríguez de Villafuerte, quien la había traído de España; al ser herido durante la apresurada salida de la noche triste ocultó la imagen en un maguay en el cerro de Totoltepec, en donde veinte años más tarde la encontró un indígena aculturado, llamado Juan de Aguila Tobar, que se encontraba cazando en la montaña; hallazgo al que fue conducido por la propia Virgen, que por tres veces le señaló su existencia bajo un maguay y que también por tres veces se negó a permanecer en la casa del indígena, quien al fin entendió el mensaje y con el apoyo de los padres de San Gabriel y los soldados sobrevivientes de la conquista levantó en la misma colina un santuario a la Virgen llamado de Los Remedios, lugar donde se venera la original imagen en madera. Esta que vemos aquí señalada, lógicamente es de piedra y más grande que la original; sobrevivió al incendio de la casa en 1636 y como ven hoy se aloja en este rico nicho que hace juego con el de la esquina de Tacuba con Monte de Piedad; recuerden que hasta aquí llegaba la casa de Cortés, como lo señala la placa colocada por la entonces Inspección General de Monumentos Artísticos e Históricos". Don Jaime Torres Bodet lo interrumpió diciendo: "es el hoy Departamento de Monumentos Coloniales, precisamente donde te queremos".

El animado diálogo, siempre seguido con interés por el licenciado López



Mateos, fue interrumpido por la llegada de uno de los ayudantes, el licenciado Juan Barragán, hijo del general del mismo nombre, que le entregó otra caja de Delicados. El señor presidente nos recordó que debíamos concentrar nuestros comentarios en el paramento que se pretendía afectar, señalando él mismo el edificio de la contraesquina con un enorme letrero volado de más de 10 metros de altura, diciendo "¡y qué me dicen de este descomunal anuncio!, y fíjense que el edificio es muy bueno", y preguntó: "¿es neoclásico?". "Bueno —contestó el doctor De la Maza—, sigue la corriente y está muy bien compuesto", y nos señaló cómo el juego de balcones y el correcto empleo de los órdenes arquitectónicos dórico abajo y jónico arriba, hacía ver la mano de un buen arquitecto.

Cruzamos la calle para descubrir otro pequeño edificio con resabios Art Decó, que sin ser gran cosa no rompía la unidad visual de la calle y donde a pesar de su corta fachada había siete letreros; desde luego, había varios de dentistas.

En el número 64, el licenciado Gurría señalaba el anagrama sobre la puerta, y volteando hacia el licenciado Alemán le decía "mire licenciado, este puede ser uno de esos casos". Desconociendo la plática, el doctor Dávalos preguntó a qué se refería, y el licenciado Gurría contestó que comentaba con el licenciado cómo el siglo pasado y hasta las Leyes de Reforma un gran número de propiedades habían pasado

a pertenecer al clero, bien por construcción, compra o donación, lo que, entre otras causas, motivó la expropiación de las mismas con la famosa Ley Lerdo.

Apenas me atreví a comentar cómo muchos arquitectos se habían aprovechado de los Bienes de Manos Muertas, ya que por su trabajo conocían cuáles eran las propiedades del clero, obteniéndolas por denuncia. Nadie comentó mi aseveración.

Ya frente a la llamada Casa de la Cruz encontramos cómo a través del tiempo el poco cuidado de sus propietarios la había desfigurado, con rótulos, volados y marquesinas, como en esta colonial mansión, en donde nuevamente el licenciado Gurría nos hacía ver que esta propiedad seguramente también perteneció a alguna congregación religiosa, ya que ostentaba una gran cruz en su fachada.

“¡Caray!, cómo vamos a dejar demoler estos ejemplos de nuestra historia”, exclamaba don Francisco de la Maza al acercarse a leer la placa que había encontrado en el edificio contiguo, y que señalaba que en ese edificio su propietario, don Alfredo Ramos Martínez, había sido comisionado por don Francisco I. Madero para formar un grupo de orientación revolucionaria que celebró sus primeras juntas en ese edificio y que se les consideraba como precursoras del movimiento revolucionario de 1910. Este comentario fue secundado por el doctor Dávalos: “este edificio no sólo como una buena estructura arquitectónica debía de conservarse, sino también, en este caso, por ser un monumento histórico ligado a la revolución mexicana”. Don Adolfo se acercó en silencio a leer la placa.

Otra placa llamó nuestra atención, colocada sobre el primer nivel del edificio que pasando Palma está en su esquina. La placa en cuestión señalaba que ese edificio había sido reconstruido por el ingeniero Carlos Eorgatta en 1928. “Buen trabajo”, apuntó el doctor De la Maza, comentando que en su paño sobre la calle de Tacuba, el ingeniero había utilizado los mismos sillares de tezontle, que seguramente tenía la original construcción. Y continuó:

“si aún vive el ingeniero Eorgatta, debe estar bastante inquieto ante la amenaza de que sea demolido este edificio que al reconstruirlo, lo conservó”.

Ya casi al llegar a la calle de Guatemala, en el último tramo de la calle de Tacuba, vimos cómo la gran dignidad de las gemelas casas de los nichos se veía afectada por seis marquesinas que con sus respectivos anuncios cortaba la unidad de ambas. Los nichos, nos señalaba De la Maza, tienen, curiosamente, uno la figura de una monja y el otro la de un fraile.

Haciendo diversos comentarios relativos a los edificios observados, llegamos a la calle de Guatemala; la intención del doctor Dávalos era que continuáramos por la calle de Escalerillas hasta llegar a la antigua Librería Robredo y mostrarle al presidente de



México los pocos restos visibles de Templo Mayor; antropólogo al fin, el doctor Dávalos tenía ese as en la manga para contener la ampliación. “¿Y con las ruinas del Templo Mayor qué hacemos?”, dijo, comentario que apresuradamente adelantó, ya que en ese momento descubrimos el carro blanco del presidente, que custodiado por varios de sus ayudantes, Juan Barragán entre otros, había sido colocado en la contraesquina de Tacuba con la calle del Monte de Piedad, precisamente en la parte de la antigua casa de Hernán Cortés.

No hubo oportunidad de más; solo ya don Adolfo López Mateos abordó su automóvil, agradeciendo al grupo su interés. Francisco de la Maza, al despedirse, le recalcó: “Señor presidente, de usted depende el futuro de la calle más antigua de América”.

El ya armónico grupo se dispersó; los defensores con la satisfacción del deber cumplido, los observadores con una idea más clara y quizá diferente a cuando habían llegado. La historia estaba por escribirse.